

I

Cuando la esposa del vicario se escapó con un joven sin blanca, el escándalo fue mayúsculo. Sus dos hijitas tenían solo siete y nueve años de edad respectivamente. Y el vicario era tan buen marido... Aunque es cierto que ya tenía el pelo canoso, aún conservaba el bigote oscuro, era apuesto y todavía sentía una pasión oculta por su desenfrenada y bella esposa.

¿Por qué se marchó? ¿Por qué echó todo a perder con un *éclat*¹ de repugnancia, como si hubiera sufrido un ataque de locura?

Nadie pudo dar una respuesta. Los beatos se limitaron a decir que era una mala mujer, mientras algunas de

1. En francés en el original: arrebató, impulso. (Todas las notas son de la traductora.)

las buenas mujeres optaron por guardar silencio. Ellas sabían.

Las dos pequeñas nunca fueron conscientes de nada. Dolidas, determinaron que su madre debía encontrarlas insignificantes.

El viento adverso, que nunca trae más que desgracias, se llevó por delante a la familia del vicario. Y ¡quién lo iba a decir!, el vicario, al que se apreciaba bastante como ensayista y polemista, y cuyo caso había despertado simpatía entre los hombres de letras, fue destinado a Papplewick. El Señor logró hacer amainar el temporal de sus infortunios concediéndole un rectorado en un condado del norte.

La rectoría era una casa de piedra bastante fea situada a la orilla del río Papple, justo antes de entrar en el pueblo. Algo más lejos, más allá del punto en que la carretera vadeaba el cauce del río, se alzaban las grandes y viejas fábricas textiles, edificadas en piedra, y que antiguamente funcionaban aprovechando la fuerza del agua. La carretera giraba hacia arriba por la colina y se adentraba en las sombrías calles empedradas del pueblo.

La familia del vicario sufrió una profunda transformación tras su traslado a la rectoría. El vicario, ahora rector, hizo venir de la ciudad a su anciana madre, a su hermana y a un hermano. Cuando llegaron, las dos pequeñas se encontraron con un entorno muy diferente al de su antiguo hogar.

El rector contaba ahora cuarenta y siete años de edad y, tras la huida de su esposa había guardado un duelo intenso y no demasiado digno. Unas comprensivas damas habían logrado disuadirlo del suicidio. Su cabello se había vuelto casi completamente blanco y tenía una mirada entre trágica y extraviada. Con solo mirarle uno podía imaginarse lo horroroso de su situación y lo injustamente que le habían tratado.

Sin embargo, en algún sitio había una nota discordante. Ciertas damas que se habían compadecido profundamente del vicario, sentían ahora un secreto disgusto por el rector. A fin de cuentas, había en su actitud un cierto fariseísmo, aunque él intentase disimularlo.

Las pequeñas, por supuesto, del modo vago en que lo hacen los niños, aceptaron el veredicto familiar. La abuela, que tenía más de setenta años y a la que empezaba a fallarle la vista, se había convertido en la figura central de la casa. La tía Cissie, que tenía más de cuarenta, y que era una mujer pálida, beata y reconcomida por un tormento interior, llevaba la casa. El tío Fred, un hombre de cuarenta años, avaro y grisáceo, que vivía mezquinamente, preocupado tan solo por sí mismo, bajaba todos los días a la ciudad. Y luego estaba el rector, por supuesto, la persona más importante de la casa, sin contar, claro está, a la abuela.

La llamaban la Madre. Era uno de esos bichos raros, físicamente vulgares e inteligentes, acostumbrados a salirse siempre con la suya y a sacar provecho de las

debilidades de los hombres. Se hizo con el mando de la casa con enorme rapidez. El rector todavía «amaba» a su criminal esposa y la «amaría» hasta el día de su muerte. Así que ¡a callar! Los sentimientos del rector eran sagrados. En su corazón seguía venerando la memoria de la muchacha pura con la que se había casado y a la que antaño había idolatrado.

Mientras tanto, fuera, en esos mundos de corrupción, zascandileaba una mujer desvergonzada que había traicionado al rector y había abandonado a sus pequeñas. Ahora esa mujer vivía bajo el yugo de un hombre joven y despreciable que, indudablemente, le traería la degradación que ella se merecía. Que quede esto bien claro, pero después ¡chitón!, ya que en la nobleza pura del corazón del rector seguía brotando la blanca y pura flor de nieve de su joven novia. Esta blanca flor de nieve nunca se marchitaba. Pero en lo que respecta a aquella otra criatura, la que se había escapado con aquel infame joven, esa otra mujer ya no le importaba lo más mínimo.

La Madre, que en cierto modo era un ser empequeñecido e insignificante, una simple viuda recluida en una casa pequeña, una vez llegó a su nuevo hogar, logró hacerse con el sillón principal de la rectoría y comenzó a imponer con firmeza su anciana corpulencia. Ya nadie volvería a destronarla. Astutamente, suspiraba en homenaje a la fidelidad del rector hacia la blanca y pura flor de nieve mientras fingía desaprobar esa misma fi-

delidad. Como muestra de su pretendido respeto por el gran amor de su hijo, nunca dijo una palabra de más contra aquella ortiga que ahora florecía en los reinos de lo corrupto, y que en una época fue la señora de Arthur Saywell. Gracias al cielo, ella había vuelto a casarse de nuevo, así que ya no ostentaba ese título. Ninguna mujer llevaba ahora el apellido del vicario. La blanca y pura flor de nieve florecía *in perpetuum*, sin nomenclatura alguna. Incluso la familia empezó a pensar en ella como «aquella que fue Cynthia».

Todo pintaba bastante bien para la Madre. Se aseguró de que Arthur no volviera a casarse. Le tenía dominado por su mayor debilidad: el clandestino amor que sentía por sí mismo. Se había casado con una flor de nieve blanca, imperecedera: ¡qué hombre tan afortunado! ¡Pero ella le había ofendido! ¡Pobre! Había sufrido. ¡Ah, qué corazón tan enamorado! Y él la había... ¡perdonado! Sí, la blanca flor de nieve había sido perdonada. Incluso él la había incluido en su testamento cuando aquel sinvergüenza... Pero ¡silencio! ¡Que nadie se atreva siquiera a pensar un instante en aquella horrible ortiga del repugnante mundo exterior! «Aquella que fue Cynthia». Dejemos que la blanca flor de nieve florezca inaccesible en las alturas del pasado. El presente es otra historia.

Las niñas se criaron en esta atmósfera de maliciosa autosantificación y de secretos innombrables. También ellas atisbaban la flor nevada allá en las alturas,

inaccesible. También ellas sabían que la flor se hallaba allí, sentaba en su trono, en el solitario esplendor que se alzaba sobre sus cabezas, intocable.

Al mismo tiempo, procedente de ese mundo sórdido, en ocasiones les llegaba un tufo rancio y perverso de egoísmo y lujuria degradada, el olor de aquella horrible ortiga, de «aquella que fue Cynthia». En realidad, esa ortiga se las ingeniaba para hacerles llegar de cuando en cuando alguna notita a sus niñas, sus hijitas. Y cuando eso ocurría, un temblor de odio le corría por dentro a la Madre. Si a «aquella que fue Cynthia» le diese por regresar algún día, a la Madre no le quedaría nada. De la anciana brotaba una ráfaga secreta de odio, que soplabla en dirección a las niñas, a las hijas de aquella sucia y lujuriosa ortiga, de aquella Cynthia que había tratado con tan desdeñoso afecto a la Madre.

Mezclado con todo esto, las niñas conservaban el recuerdo perfecto y nítido de su verdadero hogar, la vicaría en el sur, y de su madre, Cynthia, encantadora pero poco de fiar. Cynthia había generado un enorme resplandor, un torrente de vida, como un sol veloz y peligroso que continuamente entrara y saliera de la casa. Siempre asociaron su presencia con la alegría, pero también con el peligro; con la fascinación, pero también con un egoísmo aterrador.

Ahora el encanto se había desvanecido y la blanca flor de nieve, como una corona fúnebre de porcelana, se helaba en su tumba. También había desaparecido la

amenaza de la inestabilidad, esa clase de egoísmo tan peligroso, como quien se halla ante un león o un tigre. Lo que ahora restaba era una estabilidad completa en la que poder morir en paz. Pero las niñas crecían, y al crecer indudablemente se habían ido convirtiendo en personas más confusas respecto a todo, más perplejas, pero de un modo activo. La Madre, según envejecía, se iba quedando ciega. Tenían que guiarla. No se levantaba hasta el mediodía. Pero a pesar de estar ciega y postrada en cama, gobernaba la casa.

Aunque no estaba del todo postrada. Siempre que los hombres estuvieran presentes, la Madre ocupaba el trono. Era demasiado astuta para descuidar su corte. Especialmente mientras tuviese rivales.

Su gran rival era la hija pequeña, Yvette, que poseía algo de la vaga e inconsciente despreocupación de «aquella que fue Cynthia». Pero Yvette era más dócil que su madre. Quizá la abuela la había cogido a tiempo. ¡Tal vez!

El rector adoraba a Yvette y la malcriaba con un cariño desmesurado, como si se dijera: ¡menudo viejo blando e indulgente estoy hecho! Le gustaba tener esa opinión de sí mismo, y la Madre lo sabía, así que incluso lo fomentaba. La Madre conocía sus debilidades al dedillo. Las conocía y las explotaba haciendo que pareciesen virtudes de su carácter. Él deseaba poseer, a sus propios ojos, una personalidad fascinante, de la misma manera que las mujeres desean tener vestidos

fascinantes. Y la Madre cubría astutamente con lunares de belleza sus defectos y deficiencias. Su amor maternal le proporcionó la clave de sus debilidades y ella se las escondió bajo la apariencia de adornos. ¡En cambio «aquella que fue Cynthia»...! Pero no la mencionemos ahora, en este punto. Para ella, el rector era casi un jorobado y un idiota.

Y lo más divertido era que la abuela odiaba en secreto a Lucille, la hija mayor, incluso más que a la mimada de Yvette. Lucille, una niña difícil e irritable, era más consciente que la malcriada y desvaída Yvette de estar bajo el yugo de la abuela.

Por otra parte, la tía Cissie odiaba a Yvette. Odiaba incluso su nombre. La tía Cissie sabía que había sacrificado su vida por la Madre, y la Madre sabía que ella lo sabía. Sin embargo, con el paso de los años se convirtió en una convención tácita. El sacrificio de la tía Cissie era un hecho que todos daban por sentado, incluida la misma tía Cissie. Ella rezaba muchísimo por ello, lo que también demuestra que conservaba sus sentimientos privados en alguna parte, pobre criatura. Había dejado de ser Cissie, había perdido su vida y su sexualidad. Y ahora que se encaminaba hacia los cincuenta, unas extrañas llamaradas verdes de ira la asaltaban de vez en cuando: en esos momentos, se volvía loca.

Pero la abuela la tenía dominada. Y el sentido único de la vida de la tía Cissie era cuidar de la Madre.

En algunas ocasiones, las llamaradas verdes de odio infernal de la tía Cissie se dirigían contra todo aquel que fuera joven. La pobre rezaba e intentaba obtener el perdón del cielo. Pero no podía perdonar lo que le habían hecho y a veces el rencor corría por sus venas.

Y no es que la Madre fuese un alma cálida y gentil, precisamente. No lo era. Tan solo lo aparentaba, astutamente. Y las chicas fueron cayendo en la cuenta de modo gradual. Bajo su anticuada toca de encaje, bajo su cabello plateado, bajo la seda negra con que cubría su figura prominente, esta anciana mujer poseía un corazón pérfido que ansiaba constantemente afianzar su propio poder femenino. A través de la debilidad de los hijos varones, marchitos y pusilánimes, que había criado, lograba conservar su poder a medida que iba cumpliendo años: de los setenta a los ochenta, y de los ochenta hasta la siguiente etapa, los noventa.

En la familia existía una arraigada tradición de «lealtad»: lealtad de los unos hacia los otros y, en especial, hacia la Madre. Toda la familia giraba, por supuesto, alrededor de la Madre. La familia era una mera extensión de su propio ego. Naturalmente, ella lo recubría todo con su poder. Y sus hijos e hijas, al ser tan débiles y al estar tan divididos, le eran leales por naturaleza. ¿Qué es lo que les esperaba fuera de la familia sino el peligro, el insulto y la ignominia? El rector lo había comprobado perfectamente en su matrimonio. Así que, ahora, ¡precaución! ¡Precaución y lealtad frente al

mundo! Ya podía haber tanto odio y roces como se quisiera *dentro* de la familia. Pero, en lo que se refería al mundo exterior, la apariencia era la de un sólido muro de unanimidad.